

Misc

En la punta

MATEO
SOLO BIEN
SE CORTA

32

POR FABIÁN ZURLO. ILUSTRACIÓN DE
LUIS SILVA. Adorado ahora
por más gente de la que
podría imaginar, Eduardo
Mateo se asoma desde
el más allá en un rail
biográfico que asimila su
paso por las dos orillas
rioplatenses.

SILVA

de la lengua

Casi todo el mundo habla de Eduardo Mateo, en ciertos ámbitos es “cool” mencionarlo. Leer la catarata de notas que se publicaron sobre él en el último lustro es estar al día con la pseudocultura de tufillo cool y demuestra en quien se precie de melómano, un conocimiento pseudo-vanguardista y provee un aire de persona sensible a quien lo cita, pero... ¿Por qué casi nadie que yo conozca tiene sus discos? ¿Por qué casi nadie puede nombrar y reconocer sus canciones? ¿Por qué alguno de sus discos editados en el país no se venden? ¿Por qué hace falta morir para ser famoso y estar en boga? ¡Pero si falleció hace 18 años! La única explicación que encuentro (avalada por el ambiente musical todo de la banda oriental) es que Mateo estaba adelantado más de 20 años en el campo musical, tanto como compositor, ergo, como instrumentista: cantante, guitarrista, bajista, percusionista... Lo que le pusieran en frente ejecutaba magistralmente, creando armonías y ritmos de otra dimensión. Es el padre del “Toco”, un ritmo que inventó a mediados de los '60 basado en el candombe, el beat y la fuerte influencia de los ragas hindúes, desarrollado sobre unas métricas imposibles de seguir pero con una fluidez, insisto, sorprendente.

UN NIÑO EN MATEO

Nació en el Hospital Pereira Rossell de Montevideo y fue un pibe de lo más querible, nada de genio hosco y retraído. No le gustó ir al cole pero sí las chicas, y jugar a la pelota. Desde purrete demostró ganas y talento a la hora de su mayor placer: la música, ya que acostumbraba salir con su padre y sus hermanos por las calles de Buceo, provisto de sus tambores, a musicalizar el barrio. Influenciado por la música de Brasil y por la película Orfeo Negro (Marcel Camus, Francia-Italia-Brasil, 1959) nombró a su primer grupo O Bando Do Orfeo, un quinteto con el que animó bailes y fiestas, en el que Eduardo se hizo cargo de la dirección musical. Sumado a su deslumbramiento por la bossanova de Joao Gilberto, le llegó el asombro por los cuatro flequilludos de Liverpool y así en 1963, formó Los Malditos, un combo con el que empezó a recorrer el país y a ganar sus primeros dineros como músico. Unos años más tarde

Mateo estaba adelantado más de 20 años en el campo musical, tanto como compositor, ergo, como instrumentista: cantante, guitarrista, bajista, percusionista...

pasaron a llamarse The Knights, nombre que los acompañó sólo por unos meses y sin demasiado éxito. Al tiempo conoció a Diana Reches Meler, luego conocida como Diane Denoir, una joven de limitada voz, pero de una belleza que flechó a Mateo: se transformó en amiga y musa para gestar sus primeros temas conocidos —si bien compuso desde los tiempos del Bando Do Orfeo—, la acompañó en sus presentaciones en vivo. Años más tarde, junto con el pianista Gustavo Beytelmann —quien con el tiempo se convertiría en A&R de la multinacional BMG— y Alberto Núñez Palacio, se abocó a la producción y cedió canciones para el disco de su dama dilecta, Diane Denoir, de 1972, editado en nuestro país por el sello Índice Virgen en 2005.

EL KINTO Y EL PRIMERO

El año 1967 encontró a Mateo participando de Los Conciertos Beat, actuando en el contexto de su nuevo grupo: El Kinto Conjunto, quienes luego se llamaron simplemente El Kinto. El grupo nació de la admiración conjunta que se profesaron Eduardo Mateo y un joven Rubén Rada (de hecho, Rada se integró a The Knights en los últimos meses del conjunto). El nombre hacía referencia al hecho de que se trataba de un quinteto y, a la vez, al tambor quinto. Comenzó siendo un grupo de música funcional en boites de Montevideo para que la gente bailara o acompañara a cantantes invitados por el boliche. Lo que caracterizó a la banda fue el entusiasmo que ponían los músicos para realizar un trabajo tan poco atractivo. Mateo y Rada se impusieron como líderes naturales, pero todos (Walter Cambón en guitarra, Urbano Moraes en bajo y coros, Luis Sosa en batería y Chichito Cabral en percusión —tras la partida de Rada—) tuvieron su lugar para aportar ideas y composiciones. En el '68 ya eran ampliamente conocidos, conduciendo los principales bailes juveniles de Montevideo. Grabaron una importante cantidad de simples antes de separarse en 1970 y lo curioso es que después de la ruptura, fueron señalados por suplementos juveniles de

los periódicos y por sus pares como un grupo de culto, como la piedra basal de un sonido uruguayo único, el “candombe-beat”. Paralelamente, se dio la transformación del Mateo aseado, prolijo, sonriente y siempre amable y jovial, al barbudo taciturno y arrogante por la influencia de las drogas y el alcohol, y su búsqueda de integridad trascendental con la música se transformó pronto en una insatisfacción total. Luego de un período de divague constante, se instaló en Buenos Aires, viviendo de sus actuaciones como solista en boliches “bossanoveros”. Aprovechando su estancia en este lado del Río de La Plata, el productor e ingeniero de sonido Carlos Piriz (quien trabajó durante años de la década del '80 con Luis Alberto Spinetta: Privé, Tester de violencia, Don Lucero...) concretó de una vez por todas el proyecto del disco solista del artista charrúa. Previsto para grabarse en una semana, Mateo solo bien se le me se extendió por dos meses e indudablemente, fue gestado casi exclusivamente por obra y gracia de la infinita paciencia y cariño de Piriz. El resultado es un trabajo profundo y despojado de florismos vacuos, en el que todos los instrumentos son ejecutados por el propio Eduardo Mateo, como bien dejaba en claro la contraportada del disco: “Todas las voces, toda la percusión, todas las guitarras, toda la música, toda la poesía: Mateo”.

VUELTA Y APAGÓN

Tiempo después viajó a Brasil y a su regreso a Uruguay, ya no hubo lugar para él en casa de sus padres y por primera vez se vio obligado a trabajar para sobrevivir. Conoció al percusionista Jorge Trasante y, pese a que Eduardo es el principal ideólogo y compositor de todos los temas, compartió generosamente con el tamborilero el nombre del álbum aparecido en 1976 Mateo y Trasante. Fórmula reiterada con el disco Mateo y Cabrera, acompañado por el cantante y guitarrista Fernando Cabrera, y con Botija de mi país, del mismo año, firmado por Mateo y Rada. Antes, en 1984, produce su segundo trabajo como solista Cuerpo y alma, entregando un puñado de canciones de infinita belleza influenciadas por la música oriental, los ragas y el candombe. El '87 resultó ser su año más prolífico en materia de ediciones ya que se agregó a los discos mencionados de ese período la primera entrega —Mal tiempo sobre Alchemia— de lo que sería su proyecto más ambicioso: La máquina del tiempo, que consistía en un espectáculo para ser presentado en vivo, acompañado de un amplio despliegue escenográfico y con la participación de un nutrido grupo de músicos. Pensado para ser editado en tres álbumes, se vio truncado por la muerte de Mateo, logrando registrar la segunda parte La máquina del tiempo/La mosca, junto al ingeniero de grabación Hugo Jasa, en 1989. Angel Eduardo Mateo López vió la luz (como nadie) el 19 de septiembre de 1940 y la apagó al irse a eso de las 23:30 del 16 de mayo de 1990. 